

Hace poco Willy se divorció. Separóse de su esposo para debutar en un cantárico teatrillo de París. En compañía de la marquesa D'Elbeuf, desempeñó ante el público algo que la policía tuvo que prohibir. Safo... La noche del estreno, la antigua nobleza alcanforada acudió al teatro, saludando á la marquesa y á Colette, con una rechifla virtuosa. Formidable... (En un palco, Willy aplaudía. Fué otro triunfo de su *literatura*).

Para completar el conocimiento del carácter de este hombre—que será todo lo que se quiera menos un hombre vulgar—basta leer sus novelas, en las cuales él representa un papel principal... Oídlo. Me habla:

—Yo he averiguado hace tiempo—y esto es lo importante para el caso—que todas las novelas no son más que autobiografías, que el sujeto es idéntico al objeto, que no es posible salir de sí mismo sin pisarse los talones, etc. Yo, cuando escribo, me introduzco en mis páginas. Me paseo por ellas. Digo lo que pienso. Grito lo que siento. Lloro lo que sufro. Canto lo que gozo y río todo lo que me divierte y todo lo que me encanta... ¿Quiere usted que le confiese pecados de mi existencia, goces de mi alma y penas de mi vida?... No es necesario... Ya las he dicho todas. Las he publicado. Cada página mía es una confesión sentimental y verdadera. Creo que lo único que los escritores deben contar á su lector es lo que ellos sienten. Pero para eso hay que ser sincero. Es necesario ser parisién. Y es necesario, sobre todo, tener el honor de llamarse Willy... Nada más.

Y aquí el novelista pone música á su frase d'annunziana con una carcajada resplandeciente de irónica bondad...

En seguida prosigue:

—Yo disfruto en París de un envidiable desprestigio moral y también literario. Mi manera sencilla de analizar, psicológicamente, el alma de la mujer refinada de París, hace reír á esos sabios tan hondos, tan profundos, que, como Bourget, se enredan en su propia sabiduría y se pierden en sus propias honduras... El temperamento de la parisién es de una complicación muy ingenua. No resiste la pesadez de un examen filosófico. Para estudiar la vida de una francesita no es necesaria mucha habilidad. Basta solamente haber vivido con muñecas. Sí... ¡Eso! La parisién no es otra cosa. Una muñeca rubia, con ojos de vidrio y con resortes... He ahí el único misterio de las grisetas: ¡los resortes!... Para manejarlas, para comprenderlas, para hacerlas andar y moverse, sólo es necesario ser mecánico hábil... Y yo, en psicología femenina, soy un hábil mecánico...

---

## Gaireaud

### Un caricaturista que fabrica títeres

—¡Gaireau! ¿No conoce usted á Gaireaud?  
Es necesario confesar que sí. ¿Quién no conoce á Gaireaud? Todo el mundo le conoce. Es decir, todo París. O mejor dicho, todo el bulevar...

Gaireaud goza de una popularidad digna de estudio. No es célebre por sus obras de arte. Tampoco es célebre por su sabiduría... Pero es popular por dos razones que en París suelen ser concluyentes. En primer término, es artista parisién, y en segundo lugar, lleva siempre un traje exótico que llama la atención. Se viste de gaucho. Usa chambergo. Toca la guitarra. Canta vidalitas en francés...

Sin embargo, seamos justos. Gaireaud es, por encima de sus caprichos de indumentaria, un verdadero artista. Sus dibujos le han conquistado algunas piedras, lo que equivale á una compensación de elogios merecidos. A pesar de todo, la legítima fama de Gaireaud proviene de otra cosa. Proviene de su alma nerviosa. Alma parisién. Alma chispeante. Hace caricaturas en madera. Se ríe del mundo convirtiendo cabezas célebres en trozos de leña seca. Con los políticos se ensaña. Los hace tan hábilmente y con tan cruel picardía, que á

veces se confunden. Mirando esas cabezas deformes no se sabe dónde empieza la madera ni dónde concluye la ficción. Hace cabezas de Clemenceau llenas de elocuencia. Una que hizo de M. Fallieres tuvo tan buen éxito, que le proporcionó casa y comida durante cuatro meses.

«Aquí vivo muy bien—escribía en esa ocasión á un compañero—. Aquí nada me falta... Gracias á la caricatura vegetal que me permití hacer de nuestro querido presidente, tengo por muchos días casa, soledad y comida...»

Por modestia, el artista no indicaba la prisión en que sin duda se hospedaba. Cuando le dejaron salir, comenzó de nuevo sus caricaturas. En la actualidad tiene instalado en su casa un taller. Allí fabrica sus marionetas. Posee también un pequeño teatro guignol. Para la próxima exposición de humoristas que ha de verificarse en París, manejará los títeres personalmente con su esposa. Piensa dar pocas funciones. Todas á beneficio de los pobres. A esa función serán invitados artistas, escritores, periodistas y críticos de arte. Los títeres parodiarán á los hombres de la actualidad. Invariablemente saldrán á escena Sara Bernhard, Rostand, Mayol, Briand, la bella Otero, Fallieres, Lepine, Anatole France, Clemenceau... Una de las obras se la está escribiendo el famoso cancionero Hyspa, del *Chat Noir*.

—¿Y por qué no va usted con ese teatro á Buenos Aires?—le hemos preguntado á Gaireaud mientras ponía en movimiento á uno de los títeres.

—¿A Buenos Aires? ¿Con títeres? ¡No!... Allá habrá demasiado...

Y el títere movía ambos brazos desesperadamente. ¿Se ensayaba?...

Las preferencias de Gaireaud por nuestro país tienen su explicación en la nacionalidad de la madre del artista, que es argentina, pero radicada desde niña en Francia.

—Me siento con un alma americana—nos ha dicho Gaireaud—, que nunca estoy más cómodo que cuando me pongo el poncho, me calo el chambergó, bebo mate y toco la guitarra. Lo único que echo de menos es el asado con cuero, aunque nunca lo he probado ni sé qué gusto tiene... También me vendría bien para iluminar mis pesadumbres una linda chinita, aunque con las chinas me haya sucedido lo mismo que con el asado. Pero todo es cuestión de metempsicosis...

Para completar su originalidad, Gaireaud se ha convertido en uno de los eruditos más extraños que puedan existir en el mundo. Su erudición es profundísima en cuestiones de títeres, de fantoches y de marionetas. Conoce á fondo las diversas evoluciones que han sufrido en la historia esos pequeños muñequitos de cartón ó de palo. Oyéndole hablar de ellos con el entusiasmo de un historiador sapiente y respetuoso, uno cree estar escuchando la historia de los romanos ó de los cartagineses... Oídele:

—Los títeres, ó sean las marionetas, son para mí cual seres terrenales que viven una vida humana y que sufren ó gozan con pasiones de carne... Su historia es tan interesante como la de nuestros antepasados. ¿Alguien puede probar que antes de ser humanos no fuimos fantoches de madera? ¡Las marionetas! El origen de esta palabra es poco conocido... ¿Quiere usted que me esplaye? Pues bien; en Francia, á fines del siglo XVI, recién aparecieron los títeres... Pero es seguro que los antiguos conocían una especie de muñecas articuladas pues-

tas en movimiento con auxilio de cuerdas y á las cuales los griegos llamaban *neuroplasta*... A veces estas marionetas servían en las ceremonias religiosas. Principalmente cumplían la dulce misión de alegrar á los tristes, á los niños y á los enfermos... ¿No es una misión heroica desarrugar un entrecejo ó hacer reír la divina boca en flor de una mujer? En Atenas hubo—en la decadencia de la comedia—actores de palo que hacían las delicias del público...

—¿Y en Francia?

—En Francia encontramos marionetas desde la Edad Media. Pero como le he dicho, sólo más tarde, en el siglo XVI, obtuvieron popularidad. Eran tipos italianos y se llamaban Arlequín, Pantaleón, Polichinela y la tía Cigüeña. En el siglo XVIII, dos directores de marionetas, Juan y Francisco Brioché, construyeron en el Puente Nuevo un coliseo. Se hicieron célebres. En el Marais hubo también un *teatro de pigmeos*. Fourré, Nicolet y Oudinot fueron hábiles directores de títeres. Sus nombres pasarán á la posteridad... En el siglo XVIII estos espectáculos tuvieron gran éxito. Y hasta no hace muchos años algunos personajes les mostraron gran afición. Sin ir más lejos, Jorge Sand tenía en Nohant un teatro de fantoches. Los *pupazzi* de Italia son las verdaderas marionetas. Se mueven con los dedos metiéndolos en las bolsas que les sirven de mangas...

—Y fuera de Francia é Italia, ¿se conocían en otros países?

—Sí. En España, Inglaterra y Alemania. En el siglo XVI los títeres representaban tragedias. ¡Estaban en la gloria!... En el siglo XVIII, el famoso tipo de *Punch*, el polichinela inglés, dominaba la escena cual un cándido rey de la sonrisa. En Ale-

mania los principales personajes eran *Hanswürst* (Juan Longaniza) y *Kasperle*. Pero las leyendas populares, y sobre todo la de *Fausto*, constituían el objeto predilecto de los espectáculos de títeres. Y si quiere usted saber hasta dónde se extendía el prestigio histórico de mis ídolos, lea usted libros viejos de Holanda, y verá que allí fué célebre un fantoche que se llamaba *Mr. Juan Pickelhoeving*, que quiere decir Sr. Arenque Ahumado... También lo fué Juan Klaassen. Los turcos tienen un polichinela que se apoda *Caragheurz*.

—¿Y se han escrito libros sobre los títeres?

—Muy pocos. Entre ellos existe uno muy bello y muy raro: *Historia de las marionetas*, por Magnin... Pero es á Italia á quien le corresponde el honor de haber protegido y dignificado la raza de los títeres. Los *fantoccini* ó *burattini* son títeres elegantes que trabajan sobre un teatro fijo. Forman la aristocracia. En cambio los *puppi* y los *pupazzi* son títeres ambulantes. Dan representaciones callejeras. Estos forman el vulgo de la raza...

—¿Y cree usted que ellos conocerán la envidia?

—Si señor. Se odian. Los *fantoccini* representan piezas cómicas, maravillosas melodramas y piezas militares, como la *Toma de Amberes* y la *Toma de Delhy*... En cambio los pobres *pupazzi* dan solamente piezas populares, sin mayores lujos... Los *fantoccini*, como los *pupazzi*, son conocidos en Francia desde 1750, pues comenzaron á cosechar laureles en el teatro de la Feria. En 1784 establecióse en el Palais Royal de París un teatro de *fantoccini* italianos. Se representaban grandes bailes con metamorfosis. Los personajes tenían dos pies de alto. Hablaban con acompañamiento de música... ¿Quiere usted saber más? Los primeros actores del Ambigu-Comique y del teatro Beaujolais fueron

grandes *fantoccini*... ¡Ya ve usted cómo mis ídolos están en el derecho de que se les admire!..

\*  
\*\*

Gaireaud tenía una marioneta en la mano. Saludamos al fantoche con una reverencia. Quisimos saludar en la persona de ese títere al representante de una gloriosa humanidad de palo. Humanidad mucho más envidiable que la otra..

Paris, 1910.

## La familia de Alfonso Daudet

Alfonso Daudet ha dejado una familia literaria. No obstante el talento de *Poquitta Cosa*, su familia sostiene con honra su apellido. La viuda, una encantadora dama muy suave, muy ingenua, muy madre, ha publicado ya varios libros de versos. No son cantos de cigarra, como los de su marido. Son trinos helénicos de pajarito bueno. Además, recién aparece en las vidrieras del bulevar otro libro suyo lleno de poesía, pero en prosa. Son recuerdos que poéticamente ha recogido en su casa cuando allí se reunían hombres como Gustavo Flaubert, Armand Silvestre, Catulle Mendès, François Coppée, Mallarmé, Emilio Zola, Leconte de Lisle, los Goncourt, Banville, etc., etc. Todos muertos... Su hijo mayor es León Daudet, director del diario parisien *L'Action Française*. Ha escrito novelas. Muchas novelas. Tal vez demasiado... Dejó también Daudet una hija. Llámase Edmée. A pesar de ser bella, escribe versos. Confieso con pena no haberlos leído. Pero la verdad es que los hace. No debiera hacerlos. Su belleza vale bien todos los versos de Hugo... Después viene Luciano, hijo predilecto del hogar. Escribe. No versos. Pero sí novelas que son la consecuencia. Sin embargo, por encima de todos brilla con alma propia y sangre

joven la anciana de cabellos blancos... De toda la familia es Mad. Daudet la que posee una inteligencia más fina y más original. Tiene sesenta y tres años de edad y su alma se conserva fresca de juventud. La eterna primavera que floreció en el corazón del esposo florece ahora en el de la viejecita que durante más de treinta años fué la inseparable musa de *Poquitta Cosa*. José María de Heredia ha escrito de ella esta frase muy justa: «Mad. Daudet tiene su parte, voluntariamente discreta, en la gloria de su ilustre marido.» Ella fué su colaboradora más eficiente y más constante. Cuando él, ya paralítico, sufría los últimos dolores, ella lo consolaba con su alegría. Ella misma salía á la calle en busca de argumentos para él. Al regreso, sentada en una silla baja, junto al canapé que le servía de cama, ella le narraba todo lo que había observado en su paseo... Con eso Alfonso Daudet escribía sus posterosos cuentos, tan irónicos, tan tristes, tan dolorosos y tan alegres, que hacen llorar y reír al mismo tiempo, como ríen los niños á través de las lágrimas y como lloran los viejos á través de la risa...

Hacia tiempo que la popularidad no se ocupaba de la ilustre familia. Ahora, sí. Desde que madame Alfonso Daudet, ó sea Julia Allard, publicó su nuevo libro, *Souvenirs autour d'un groupe littéraire*, ha vuelto á resonar en las columnas de los diarios el nombre de Daudet. Muerto el maestro, la compañera sigue cultivando sus flores. En un volumen ha reunido sus impresiones de más de treinta años de existencia célebre. Para conocer la vida de Daudet, como así también la vida de su esposa, basta leer ese libro. No busquéis en él aquellos relámpagos de estilo y aquel encanto dominador de *Jaké*, ni del *Nabab*, ni de *Sapho*... Pero son páginas

sencillas. Mirándolas al trasluz veréis que palpita allí, con miedo, un corazón sin uñas. Y las impresiones, las anécdotas, las escenas vistas y vividas, las discusiones presenciadas, las alegrías y los dolores sufridos y gozados, dan al conjunto una pintoresca policromía sentimental. No sugestionan. Pero á lo menos seduce...

Al pasar os traduciré como primicia algunos de los capítulos que en el libro citado pueden tener interés para vosotros. Escojo al azar. Helos aquí:

«20 de Octubre de 1880. (Acaba de morir la madre de Emilio Zola...)—Hay un peligro para la vida privada de los hombres de letras que impide se les juzgue con razón y con justicia. Ese peligro está en sus propios libros. Mad. Zola ha muerto esta mañana y yo pienso en mamá Coupeau de *L'Assommoir*. No puedo apartar esta ficción tan tristemente profunda de la vida del escritor. Zola adoraba á su madre. Vivía con ella. ¿Cómo, pues, ha podido describir con tanta bajeza, vulgarizándola hasta lo imposible, la agonía de una anciana como mamá Coupeau?...

\*  
\*\*

A la muerte de Julio de Goncourt:

«11 de Junio de 1882.—¡Qué triste muerte la de Julio de Goncourt, herido en su juventud y en el cerebro! Debe de haber sufrido horriblemente. Con su enfermedad mental, con su locura, desesperado, enloquecido, con el cráneo hueco frente á la página blanca que ya no podía llenar, ni corregir, ni leer...

—Todo ha concluido—decía ayer el pobre Julio á su hermano Edmundo—; no podré trabajar nunca, nunca, nunca...

Se fué al jardín. Y allí lo encontraron, en el suelo, tirado largo á largo, con la cabeza entre las manos, loco, muerto...»

\*  
\*\*

Orgullo:

«Febrero de 1890.—Loti, Maupassant, Bourget, serán los tres sucesores de Goncourt, Flaubert y Daudet, pero lejos uno del otro...»

\*  
\*\*

Revelación:

«Marzo de 1890.—Visita á Mad. J... C... Una charla viva y cordial que sube y baja desde los niños hasta los teatros. Me presentan al señor C... D..., de la Academia Francesa, que es, según se cree, el Loisillón de *El Inmortal* de Alfonso Daudet. Me saluda sin palabras. Durante el tiempo de la conversación me esquivo sus miradas. Para sacarlo del apuro y librarlo de mi presencia, me voy, constatando en esta circunstancia su falta de espíritu y su mediocridad rencorosa...»

\*  
\*\*

La princesa Matilde visita á *Poquita Cosa*:

«Febrero de 1893.—He vuelto á ver á la princesa Matilde. La he visto en el gabinete de trabajo de Alfonso, acompañada de su sobrino el conde Primoli, vestidos ambos á la moda del segundo Imperio...»

\*  
\*\*

«Marzo de 1894.—Mad. Chenay, hermana de la

mujer de Víctor Hugo, es quien ha copiado para el maestro todos sus manuscritos. Ha llegado á París. Ella me cuenta su infancia triste y feliz...»

\* \* \*

Un argentino:

«Junio de 1894.—Gran fiesta en casa del conde Roberto de Montesquiou Fezensac en su palacio de Versalles. Reunión compuesta de poetas, pintores, mundanos y nobles. ¡Hermosa casa! Visitamos el jardín acompañados por el argentino Gabriel de Iturri, que es el amigo íntimo y el secretario devoto del poeta...»

¡Oh! Un bello rasgo:

«Agosto de 1894.—Es para mí una sorpresa encontrar en las reuniones de hombres superiores como mi marido, François Coppée, Edmond Goncourt y Emilio Zola, sentimientos tan sencillos...» etcétera, etc.

Los puntos suspensivos no tienen importancia.

\* \* \*

A medida que Mad. Daudet se aproxima al fin de sus recuerdos, el libro se hace más triste, más doliente, más fúnebre, más de cementerio. La soledad dejada por el compañero muerto transforma la vida de la buena anciana. He aquí su preámbulo:

«1898.—Ahora que mi marido ya no está á mi lado, ahora que estoy lejos de su presencia, vigilante, desolada y sin abrigo, ahora comprendo que todo lo que yo hice en la vida, los cuidados de mi

hogar, la coquetería de mi persona y de mi literatura, estaban inspirados por él. Ahora me siento descorazonada. Ya no puedo ni siquiera escribir... Me casé con deseos de cumplir mi deber y dedicar toda mi atención al cuidado de nuestro hogar. El sonreía, encantado al ver la armonía que reinaba á su alrededor. Pródigo y desordenado, mi marido amaba el orden, en el cual se expandía hora por hora la belleza de sus altos ideales. Ha muerto. ¡Ha desaparecido para siempre! Ibamos los dos al borde del invisible precipicio, y he aquí que él ha caído antes que yo. No oigo ya su voz. No oigo los latidos de su corazón, que antes ritmaban con mi sueño...»

—Alfonso es ahora para mí una sombra que camina á mi lado; una sombra que durante treinta años me animó con su presencia mágica, me modificó, me transformó, me pulió, me hizo nacer de nuevo...

\* \* \*

Y como una confesión que se hiciera á sí misma, Mad. Daudet prosigue:

—En treinta años de matrimonio, yo no me he aburrido ni una hora. Puedo haber tenido disgustos, inquietudes de mujer ó de madre, horas de angustias ó de lágrimas, pero nunca, jamás, un minuto de fastidio ni de ociosidad. Desde las primeras páginas mías, que él leyó con sorpresa, juzgóme digna de ser su compañera intelectual, y es así que á menudo en los manuscritos se entrecruzaban nuestras escrituras, siguiéndose, enlazándose, continuándose...

\* \* \*

«¡Qué dichosa mujer es usted!—me decían—. Tiene un marido glorioso que la adora, una madre, é hijos que la rodean...» ¡Oh! ¡Y ahora, viuda, desamparada, sola, solita, ya no me siento protegida; ahora tengo que ser la protectora!...

\*  
\* \*

Así habla esta linda viejecita, digna esposa del que fué su maestro, su sostén, su espíritu, su Dios... Y hay en su sencillez y en su ingenuidad tanta poesía, que oyéndola hablar, viéndola discurrir nerviosa y sutil por la salita donde Alfonso Daudet trabajaba, contemplándola así tan inquieta y tan viva, y tan transparente, y tan maternal, me ha parecido que era la encarnación del alma literaria y curvilínea del padre de Tartarin.

París, Marzo de 1910.

## Las madres de París

La maternidad europea no solamente sufre una terrible crisis. Esto no sería nada... La tierra está resultando demasiado pequeña para tanto habitante. Es por eso, sin duda, por lo que Peary y Cook pelean en estos momentos por demostrar que han dado á los hombres unas cuantas leguas más de... hielo, descubriendo la incógnita del Polo... Si fuera sólo la escasez de hijos lo que está destruyendo el sentimiento de la maternidad, el peligro no sería muy grave. Lo grave está en que ya la mayoría de las madres no quieren criar sus hijos. Basadas unas en razones de moda y las demás en reglas de salud, dan sus hijos á las mujeres de los campos para que ellas los cuiden y los crien.

Hace tiempo, cuando una madre no podía alimentar personalmente á su vástago, llamaba á un ama de leche y la instalaba en su propia casa. Le daba vestidos. La trataba como una princesa. Le hacía regalos... Todo con el único objeto de que el hijo bebiera leche tranquila, fresca y saludable sin que saliera de su propia casa. Cuando iba de paseo, veíase á la madre y junto á ella al ama con el chico en los brazos... Ahora no ocurren tales cosas. Dicen los figurines de la *Moda* que cuando una madre cria,

el cuerpo se le deforma. La madre está obligada á vivir durante todo el año de lactancia con el corsé flojo, casi desprendido. Además, teniendo un hijo que llora cada dos ó tres horas reclamando la substancia del sagrado pecho materno, la mujer no puede asistir á fiestas y tiene que vivir en su casa como esclava...

En la mayor parte de las ocasiones, las madres—sobre todo si son ricas y jóvenes—no quieren sacrificar sus éxitos sociales por un hijo más ó menos llorón...

—*Mañana te esperamos, María... Iremos al teatro. Será una hermosa fiesta de lujo y de elegancia. ¿Irás?*

—*¡No puedo! ¡Lo siento mucho! Mi nene no me deja un momento tranquila, pues cada dos horas tengo que darle el pecho...*

—*¡Tonta! Eres una madre vulgar. Perdóname que te lo diga: eres una mujer muy atrasada. Eres muy cursi...*

\* \*

Con lecciones como esta, es justo que las madres, para no ser atrasadas y para no ser cursis, entreguen sus hijos á las amas de cría que se los llevan lejos, á la campaña, á sus chozas de paja...

Así las madres quedan solas, sin estorbos de ninguna especie. Van á las fiestas sin preocuparse de «volver temprano»... Se ajustan el corsé. Viven cómodas. Son felices...

¿Felices?

Yo no sé si serán felices. Pero deben de serlo á juzgar por el enorme número de madres que hacen eso. Y son tantas, que ya se ha creado una industria:

*¡La industria de las amas de leche!*

Hay pueblos en Europa que gozan fama de tener las mejores y más robustas amas de cría. En Italia, la provincia de Roma es la que cuenta con campesinas más apropiadas para el oficio. Son mujeres altas, sólidas y bellas. Las mandan buscar hasta de Francia. Existen agencias especiales. Estas mujeres son por lo general modestas labradoras, pero pretenciosas. Viven en ranchos de paja con sus maridos, también labradores, y con una recua de chicos. Algunos de esos chicos son de ellas; pero la mayor parte son hijos ajenos. Son niños de familias pudientes á quienes las propias madres entregaron para criarlos afuera. Una vez por mes el ama lleva al niño á casa de sus padres para que le den un beso... ¿Os imagináis, oh madres criollas, ver á vuestro hijito una sola vez en treinta días? Al llegar en brazos del ama, le daís un beso. ¡En seguida lo dejáis que se marche de nuevo en brazos del ama hacia la pobre choza campesina!...

No debéis quejaros. El progreso es así. Y el progreso es una cosa admirable. Los hombres más progresistas tienen estatuas en todos los países...

\* \*

En América no tenemos todavía tan reglamentada como está en Europa «la industria del ama de leche». ¡Por eso, sin duda, se nos llama salvajes! Pero no os asustéis... Pronto veremos también ahí á muchas madres que entregarán sus hijos á las mujeres de la Pampa, para poder asistir libremente á las carreras, al teatro, al club, á las tiendas...

—*¡Es tan cómodo! Es tan cómodo salir á la calle*

sin preocuparse de que nuestros hijos precisan de nosotros...

\* \* \*

El sueldo que acostumbran á ganar las amas de leche «con cama para el niño» es de 100 francos. Cien francos mensuales durante la lactancia. Después, cuando la criatura empieza á comer, el sueldo aumenta hasta 150 francos, pues ya los gastos que origina son mayores... ¿Gastos? ¡Oh! Los gastos de estos chicos son: un poco de café con leche á la mañana, un poco de «menestra» á mediodía, otro poco de café, y al fin, otra menestra por la noche... Y nada más.

Como generalmente estas amas viven muy lejos de las ciudades, las madres de sus pupilos muy escasas veces van á verlos. ¡Si los vieran! ¡Y si los pobres nenitos pudiesen hablar y contar los dolores que sufren! No hablo de los que se mueren. Tal vez esos sean mucho más felices que los que siguen bebiendo el café y la menestra de la mañana y la menestra y el café de la noche...

\* \* \*

Y mientras los infelices nenitos, lejos del seno maternal, lloran de hambre ó de frío ó de pena, sus madres—elegantes y lujosas—pasean por los bulevares y por los hipódromos, llevando junto á ellas un perrito adornado con cintas y peinado á la moda. Y aquel perrito va por las calles orgulloso y feliz como un chico á quien la madre llevara de paseo...

¡Oh madres modernas! Con el tiempo, vuestras sirvientas irán á la carnicería, y dirán:

—Deme un buen bife jugoso para el perro y un poco de carne vieja para el niño...

En el cementerio de perros que existe en París —en Asnières—, una dama que tenía tres hijos —Mad. Lucie Gallet—, se ha suicidado sobre la tumba de su perra *Lily*...

Paris, Septiembre de 1909.

«Enquete» sobre la independencia argentina

(Por encargo de la revista *Caras y Caretas*)

—¿Cree usted que la República Argentina es conocida en Europa?

Más de una vez me han hecho esta pregunta. A veces he respondido que sí. Otras, que no... Y en ambas situaciones he dicho la verdad. Un país con sólo cien años de existencia, no tiene ningún derecho para creerse ofendido porque en muchas ciudades europeas de diez siglos de edad se ignore su existencia. Tampoco es justo que en estas mismas ciudades tan doctas se dé poca importancia á las naciones que, cual la nuestra, se levantan y brillan detrás del horizonte... Sin embargo, todo eso es realidad... Analizando en Europa el conocimiento que allí se tiene de la América latina, tropiézase á menudo con sorpresas curiosas. En Italia, por ejemplo, la gente obrera, la que no lee, la que no estudia, es la que conoce más profundamente á la República Argentina. En cambio, los hombres de encumbrada posición—tanto pecuniaria como intelectual—hablan de nosotros cual nos-

otros hablamos de Calcuta... ¿Malo? ¿Bueno? ¡Qué sé yo!... Sólo sé que es verdad. Pero se explica. La gente pobre está bien informada porque de aquí le enseñan geografía todos esos millones de emigrantes que han venido á enriquecer la tierra y que escriben cartas todas las semanas... En Francia son los escritores, los banqueros y las mujeres quienes saben de nosotros algo más que los mismos hombres de Estado. Pongo como prueba á Clemenceau, que nos desconoce amablemente. En cambio, con pedantería, Paul Adam no ignora nuestra historia y sabe nuestra fuerza. Y así, muchos...

Ahora bien: ¿cómo reunir las opiniones claras y concretas de los principales hombres europeos sobre la República Argentina? Para lograrlo contaba con un medio: la *enquete*. Aunque el sistema es vulgar por ser antiguo, no deja de ser cómodo por lo que tiene de eficaz. Aproveché la ocasión del centenario de la Independencia, é inicié la campaña. En cuatro preguntas logré condensar todo mi cuestionario. Lo distribuí entre los literatos, sabios, políticos, poetas y músicos que encontré más próximos á mí. Cien fueron las respuestas recibidas. Dada la extensión del conjunto, seleccioné las que mejor interpretaban el pensamiento de cada país, de cada religión y de cada ramo del arte. Esas son las que publico. Mi deseo. Quisiera sintetizar en estas páginas todo lo que se piensa de la Argentina en las naciones europeas, y especialmente en Francia. Todo lo que se piensa, he dicho. Sí. Todo lo que se piensa, con errores y con franquezas. Con suaves galanterías y con ásperas críticas que por ser justas serán tal vez benéficas. Aunque se tenga poca fe en los consejos que algunos de los ilustres personajes nos dan, conviene agradecerlos. Hay razones de estética. Estética

sentimental. Pero he aquí las cuatro preguntas de mi *enquête*:

- 1.<sup>a</sup> ¿Cuál es su opinión sobre la independencia de la América española, y en particular sobre la República Argentina?
- 2.<sup>a</sup> ¿Cuál podrá ser, dentro de las ideas que usted cultiva, el porvenir de nuestro país?
- 3.<sup>a</sup> ¿En qué forma podrán desenvolverse y con qué resultado las ideas que le son más queridas?
- 4.<sup>a</sup> ¿Tiene usted algo personal ó anecdótico que pueda contarnos sobre la República Argentina?

Tales fueron las cuatro preguntas que, escritas en francés, envié á todos los países europeos. Jacinto Benavente protestó en *El Imparcial*, de Madrid, porque mi circular estaba escrita en francés, idioma que, según su propia confesión, el ilustre dramaturgo desconoce por completo. Decía Benavente que el idioma en que debí formular mis preguntas era el castellano, nuestra lengua patria. Confieso que no quise ofender mi propio idioma. Mucho menos á España... Si recurrí al francés fué porque siendo universal, podía con ello hacerme entender de rusos como Máximo Gorki y Sienkiewicz, de polacos como Paderewsky, de ingleses como Wells, y hasta de los mismos sabios franceses. Si les escribo en español, ninguno de ellos hubiera comprendido. Desgraciadamente en Europa el castellano lo hablan sólo algunos españoles... La abundancia de respuestas francesas, italianas, suizas é ibéricas, obligóme á reducir el número de las que debía publicar, á fin de que aparecieran representadas en síntesis todas las naciones del continente europeo. Así veréis figurar á Francia con personalidades multicolores como Bourget, Paúl Adam, el excapitán Alfredo Dreyfus, la víctima de la isla del Diablo; León Bourgeois, el

célebre pacifista de La Haya; Max Nordau, Jules Lemaitre, el Sar Peladan, Paúl Reclús, el vizconde Melchor de Vogué, fallecido pocos días después de entregarme personalmente su respuesta; el conde Roberto de Montesquiou, el general Picquart, Jorge Ohnet, E. Levasseur, del Colegio de Francia; Victor Margueritte, Hanotaux, etc. De España, figura el ministro de Instrucción pública, conde de Romanones. De Portugal, el jefe del republicanismo, Magalhaes Lima. De Italia, el conde Angelo de Gubernatis, Guillermo Ferrero, etc. De Inglaterra, el célebre novelista Wells. De Rusia, Máximo Gorki—que es la primera vez que da una colaboración inédita para la América del Sur—; además, el autor de *Quo Vadis?*, Enrique Sienkiewicz y el famoso músico polaco Paderewsky, etc. De Suiza, sabios como de Reiss, Rossier, Perrier, etc. De Bélgica, el diputado y fundador de la Casa del Pueblo, Emilio Vanderverle. Hay católicos también, como un exministro belga que fué la última celebridad que obtuvo el premio Nobel: hablo del diputado Beermaert. Como veis, desfilan hombres de todas las ideas y de las tendencias científicas más contradictorias. Ningún prejuicio guió la elección de las respuestas. En muchas de estas opiniones notaréis errores que con doble intención he conservado. Conviene que allí queden para realce de las otras respuestas donde se dicen verdades amargas y mentiras dulces. Reunid estas hojas cual si fueran las varillas dispersas de un abanico japonés y tendréis ante vuestros ojos nacionales un paisaje lleno de sol y sombra. Es el paisaje que los europeos ven en la República Argentina cuando la miran por encima del mar...

## De Guillermo Ferrero

### I

La independencia de la América del Sur, igual que la del Norte, fué la condición necesaria para el desenvolvimiento rápido del Nuevo Mundo. A permanecer bajo el dominio de los Estados europeos el continente descubierto por Colón, aquéllos habrían siempre limitado y circunscrito su desarrollo, en forma de evitar que el Nuevo Mundo hiciese demasiado pronto y demasiado nociva competencia al viejo. No se me cite, como argumento en contrario, la política inglesa en el Canadá. Esto no opone grandes obstáculos al desarrollo de su colonia hoy, á causa de la emancipación de los Estados Unidos.

La independencia de Sud América fué, por lo tanto, un acontecimiento felicísimo para ella. Con su cuenta y razón, los pueblos del Nuevo Mundo empezaron á datar su *verdadera* historia desde la proclamación de la independencia, considerando el tiempo que la precediera como una preparación dolorosa. Desde el punto de vista europeo, por el contrario, el criterio debía ser opuesto, por lo menos teniendo en cuenta el interés inmediato, único que influye en la política.

Las clases que en Europa gobiernan, especialmente la aristocracia y la monarquía, habrían necesitado conservar la América un par de siglos

todavía; se encontrarían hoy mucho más fuertes en la lucha contra las ideas liberales, democráticas y socialistas.

La independencia de los países americanos fué un golpe rudo asestado á la realza europea de derecho divino.

### II

Yo soy historiador, y en mi carácter de tal, comprendo lo difícil que es investigar el pasado para arriesgarme á vaticinar el porvenir. Las predicciones sobre el futuro de un pueblo no pueden ser sino conjeturas más ó menos probables, á condición de que no ocurran acontecimientos extraordinarios y explosiones de fuerzas desconocidas. Quien hubiera profetizado sobre el porvenir de Europa en 1780, habría podido preverlo todo, todo... menos aquella formidable explosión de fuerzas desconocidas que fué la Revolución francesa, es decir, la única cosa que importaba prever, ya que de ella tomaron los sucesos forma é impulso.

Descartada, pues, la posibilidad de hechos extraordinarios é imprevistos, paréceme que la Argentina debería llegar á ser un país de enorme desarrollo económico, quiero decir, un país destinado á influir, sobre todo, en la vida económica del mundo entero, en los mercados y en toda clase de valores, y á ser uno de los elementos esenciales de la prosperidad material del progreso moderno. Cuenta para ello con todos los requisitos indispensables: extensión y fertilidad de territorio, dulzura y salubridad de clima, situación en una zona que